



Revista N.º 3
Guayaquil, Ecuador
abril 2021
ISSN: 2697-3596

La mediación cultural: apuntes para un enfoque latinoamericano

Damián Del Valle

Licenciado en Sociología

Universidad Nacional de las Artes (Argentina)

damiandelval@gmail.com

Rosario Lucesole Cimino

Especialista en Gestión cultural y Políticas culturales

Universidad Nacional de las Artes (Argentina)

rosariolucesole@gmail.com

RESUMEN

La mediación cultural puede pensarse como un juego dialéctico que busca poner en tensión las obras y manifestaciones culturales con modos diversos de recepción, apreciación, apropiación, participación y disfrute. La mediación cultural adquiere su estatuto y su función en los grandes establecimientos e instituciones culturales europeos y se ha posicionado en el mundo y, más recientemente, en nuestra región, como un área de especialización en el campo de la gestión cultural. Así, esta práctica va dando cuenta de un saber que gana terreno en el ámbito del trabajo cultural. Este artículo busca enmarcar histórica y conceptual-

mente esta disciplina y a la vez aportar un enfoque latinoamericano que tenga en cuenta las particularidades y tradiciones dentro del campo cultural en nuestra región.

PALABRAS CLAVES: mediación cultural, políticas culturales, gestión cultural, cultura.

TITLE: Cultural mediation: notes for a Latin American approach

ABSTRACT

The cultural mediation can be thought as a dialectical game that aims to put artwork and cultural manifestations in tension with different modes of reception, appreciation, appropriation, participation and enjoyment. Cultural mediation acquires its status and function in large European cultural establishments and institutions and has positioned itself in the world and, more recently, in our region, as an area of specialization in the field of cultural management. Thus, this practice is giving account of a knowledge that is gaining ground in the field of cultural work. This article seeks to emphasize this discipline historically and conceptually, and once to provide a Latin American approach that takes into account the particularities and traditions within the cultural field in our region.

KEYWORDS: cultural mediation, cultural policies, cultural management, culture.

Introducción

En este artículo buscamos establecer algunos puntos de partida para repensar el concepto de mediación cultural y su práctica desde una perspectiva latinoamericana dentro del campo de las políticas culturales y, más específicamente, el de la gestión cultural.

En 2019, desde la Universidad Nacional de las Artes (UNA) de Argentina, iniciamos un proceso de formación de mediadores y mediadoras culturales, promoviendo que a la vez sea un espacio de sistematización de prácticas preexistentes ligadas a la mediación cultural en diversos espacios culturales, que ha contribuido a la producción de conocimientos desde y sobre esta práctica en nuestra región.¹ De esta forma, estos primeros apuntes son, en parte, el resultado de los debates y reflexiones en torno a la posibilidad de un enfoque latinoamericano de la mediación cultural que sostuvimos a lo largo de las dos primeras cohortes.

¹ El programa completo puede consultarse en https://una.edu.ar/diplomaturas/diplomatura-en-mediacion-cultural_25408.

Surgida en Europa y con un amplio desarrollo en países como Canadá, la mediación cultural adquiere su estatuto y su función en los grandes establecimientos culturales del mundo. Una definición muy extendida en el espacio europeo la entiende como un

[...] conjunto de acciones que apuntan, a través de un intermediario (el mediador, que puede ser un profesional, un artista, un animador o un par), a vincular a un individuo o a un grupo con una propuesta cultural o artística (una obra de arte original, una exposición, un concierto, un espectáculo, etc.) con el objetivo de favorecer su comprensión, conocimiento y apreciación.²

Se trata de una definición pensada en torno a procesos insertos en ámbitos tradicionales de la cultura, como los museos y las grandes instituciones culturales.

Nuestro enfoque parte del supuesto de que son muchas las acciones y proyectos que podrían ajustarse a la definición de mediación cultural, pero que en general las conocemos bajo conceptos diversos, de acuerdo a los países y las tradiciones académicas o intelectuales. Por ejemplo, en nuestra región, en diferentes épocas y en diversos enfoques está muy difundido el modelo del animador cultural o sociocultural o el de promotor cultural. Inclusive en la propia idea de extensión o vinculación universitaria podríamos encontrar múltiples proyectos que se adecuarían a algunas ideas de mediación cultural. Un sustrato común de todas estas acciones es la idea de vinculación, es decir, pensar estas acciones como una forma de tejer lazos con el otro, a partir de las producciones culturales y artísticas, para producir nuevos sentidos, deconstruir los existentes y habilitar nuevas formas de vida en comunidad.

Partimos entonces de considerar la mediación cultural como una práctica y como una disciplina incipiente que todavía no ha confor-

² Bruno Nassim Abouddrar y François Mairesse. *La mediación cultural* (Buenos Aires: Libros UNA, 2018): 15.

mado un campo de problemas que podamos reconocer de forma delimitada, a excepción de lo que ocurre en el caso francés y de algunas experiencias canadienses. Si bien recientemente en Latinoamérica, por ejemplo, en Chile,³ se han desarrollado algunos aspectos sobre el tema, no es posible aún plantearlo desde una concepción internacional.

La mediación cultural más allá de 'la' cultura

Como en general sucede en el terreno de la gestión cultural, no es posible concebir la mediación cultural abstraída de un modelo de políticas culturales públicas y de determinadas concepciones de cultura. Toda política cultural otorga una referencia que hace que la mediación tenga determinadas características y es por eso que, en las distintas formas de desarrollarla, o en su propia historia, encontraremos necesariamente una mirada sobre la cultura y sobre el rol del Estado en torno a su gestión.

La definición de cultura no solo es compleja, sino que además está siempre en disputa y, por ello, qué se entiende por cultura supone siempre decisiones políticas. En nuestro enfoque trabajamos con una acepción antropológica y amplia de cultura, atravesada por diversas discusiones, como los aportes de Pierre Bourdieu y, fundamentalmente, algunos de sus conceptos, como los de capital simbólico y *habitus*. Nutrimos estas discusiones con la dimensión socializante de la cultura, la producción de sentidos comunes, los estereotipos y la forma de entender e interpretar la realidad, elementos que sintetizamos como el estilo de vida de una comunidad. En este sentido cabe mencionar la definición de Terry Eagleton (2000), quien considera que la palabra 'cultura' contiene en sí misma la tensión entre producir y ser producido, es decir, que somos socializados en una cultura, pero también somos capaces de crear y reinventar nuevas formas de vida. Por eso

3 Cfr. Tomás Peters. "¿Qué es la mediación artística? Un estado del arte de un debate en curso". *Córima*, Revista de Investigación en Gestión Cultural. Año 4, n.º 6, 2019.

hablamos no solo de 'la' cultura como sustantivo, como si fuera algo que se tiene y que refiere a un particular estilo de vida de una comunidad, sino que nos referimos a lo cultural como adjetivo, como algo que atraviesa, que caracteriza a todos los actores y sectores que tienen la capacidad de producir objetos y prácticas, y que también pueden contribuir a cambiar esa misma forma de vida.

En este sentido, algunas definiciones de cultura provenientes de la antropología, que la consideran como una creación colectiva del lenguaje, de la religión, de las formas de vivir o de disfrutar el tiempo libre, de la música, de la danza, de la pintura y de los sistemas de valores de una comunidad, nos permiten entender la importancia hablar de culturas, en plural, antes que de cultura o de 'la' cultura, en singular. Pero, también, remite a una idea de comunidad que no requiere mediaciones en tanto no permite la posibilidad de división interna, es decir, en el sentido de una comunidad dotada del sentimiento de una 'unidad de destino' o de un destino común a un grupo. De este modo, también sostenemos, con Víctor Vich (2014), que la cultura nunca es un sistema unificado, sino que implica también un espacio de dominación construido por la hegemonía, entendida en el sentido que Antonio Gramsci le da a este término. En la misma línea Mari-lena Chau (2013) se pregunta si en una sociedad dividida en clases es posible mantener ese concepto tan amplio y abarcador de cultura como expresión de comunidad indivisa que propone la antropología. Su respuesta es que no lo es, puesto que esta división cultural es inevitable y la encontramos bajo diferentes nombres: cultura dominada y cultura dominante; cultura opresora y cultura oprimida; cultura de élite y cultura popular, o alta cultura y baja cultura.

Desde una concepción elitista, se ha pensado la mediación como una forma de vincular expresiones de la alta cultura o cultura legítima con poblaciones que no acceden a 'la' cultura. Sin embargo, una mirada antropológica necesariamente requiere revisar esta idea de mediación cultural para incluir el complejo sistema de producciones simbólicas o producciones de sentido de un pueblo,

esto es, el modo de vida, las costumbres, el lenguaje, etc., así como también formas de producción estéticas diversas como son las artes. Las culturas de un pueblo son múltiples, variadas, híbridas y están atravesadas por relaciones interculturales. En una sociedad que se piensa diversa e intercultural es preciso asignarle a la mediación cultural un nuevo rol. Así, como concluiremos, puede considerarse no solo una herramienta que medie en conflictos de su ámbito, sino que, además, los propicie, y que busque incluso generar respuestas a conflictos latentes invitando a configurar otras formas de entender y habitar el mundo y la cultura que nos rodea y nos configura en nuestras subjetividades. Develar conflictos en torno a miradas hegemónicas, formas de interpretar y de ver el mundo, y de construir sentido común justamente es lo que permite deconstruir esquemas de interpretación opresivos.

Antecedentes históricos: políticas culturales y mediación cultural

La mediación cultural nace como oficio en los años noventa en Francia pero, para reconstruir su historia, es necesario empezar un poco más atrás. En los años sesenta este país contaba con un Ministerio de Asuntos Culturales, creado en 1959 durante el gobierno de Charles de Gaulle, quien encomendó la tarea ministerial al escritor André Malraux. Esto supuso un hito en el campo de las políticas culturales que se transformó en un modelo imitado por otros países que, poco a poco, llevaron la cultura al rango ministerial. Además, la década del sesenta fue muy productiva en cuanto a debates culturales en Francia, muchos de ellos abordados en los primeros estudios del ya mencionado sociólogo Pierre Bourdieu,⁴ controversias que fueron

⁴ Nos referimos a obras como *Les Héritiers. Les étudiants et la culture*, coescrita con Jean-Claude Passeron (1964), *L'Amour de l'art. Les musées et leur public*, coescrita con Alain Darbel y Dominique Schnapper (1966) y *Le Métier de sociologue*, coescrita con Jean-Claude Passeron y Jean-Claude Chamboredon (1968).

claves para el campo de la cultura y del arte y que, como sabemos, culminaron con el estallido de Mayo de 68.

Aquel primer Ministerio de Asuntos Culturales estuvo orientado a garantizar el acceso a la cultura. Recientemente, con motivo de su aniversario, el actual Ministerio de Cultura francés indicaba en su portal de Internet que «desde hace sesenta años protege y valora el patrimonio, estimula la creación, promueve la diversidad cultural y facilita el acceso de todos al arte y a la cultura». Este foco puesto en el acceso al arte y la cultura, que aparece desde sus orígenes, será la semilla de grandes discusiones no solo para ese país, sino para el mundo occidental que siguió su camino.

En esta propuesta de garantizar el acceso se puede encontrar la raíz de la idea de que se necesita algún tipo de mediación cultural ya en su origen. Estas miradas sobre el acceso a la cultura que aparecen desde la creación de este ministerio no fueron concepciones aisladas. Antes de la existencia de un ministerio, los países centrales de Europa construyeron sus museos nacionales para conservar su patrimonio artístico, pero también los objetos de valor simbólico que extrajeron de las colonias. En este sentido, estos museos fueron dispositivos de construcción simbólica, donde los países colonialistas conformaron un relato y contaron su propia historia asociando su cultura a las bellas artes y buscando instalar la idea de su supremacía cultural como forma de dar una disputa ideológica para construir su hegemonía. Maurice Merleau-Ponty (1964) critica esta forma de celebración de la historia de los vencedores y sostiene que los museos no son necesariamente buenos y que con frecuencia llevan al abandono de la forma noble de la memoria para celebrarla en una forma mísera y pomposa. Por eso plantea que

[...] no se puede ir al museo y a la biblioteca como van los espectadores, para contemplar bajo una luz mortecina obras colgadas en las paredes, cercadas de vidrios protectores, olvidando los dolores y alegrías, los conflictos y descubrimientos, la soledad y la solidaridad que

le dieron existencia. Es necesario ir al museo y a la biblioteca como van los artistas y pensadores, para participar de las luchas y aventuras, de las venturas y desventuras, de los infortunios y glorias del trabajo de creación y descubrimiento; para retomar el pasado para la invención del futuro.

Reconociendo este pasado es que nos hemos planteado discutir este enfoque y proponer una mirada que esté en línea con las políticas culturales desarrolladas en los últimos treinta años en Latinoamérica, vinculadas con la idea de democracia cultural.⁵ Desde este enfoque, las políticas culturales que despliega el Estado no solo buscan garantizar los derechos culturales en términos de acceso, sino sobre todo promover el desarrollo y la equidad para el desenvolvimiento de las diversas culturas que configuran la sociedad a partir de la distribución de las condiciones de producción cultural.

Al mismo tiempo, una mirada sobre la mediación cultural desde la región implica necesariamente un punto de vista intercultural, que parte de la idea de una sociedad atravesada por relaciones de fuerza y disputas de poder y, desde esa perspectiva, se conciben políticas públicas donde el Estado debe ejercer un rol igualador, siguiendo un paradigma de justicia social, en el que se entienda que no todos los actores que componen una comunidad están en igualdad de condiciones para, por ejemplo, desarrollar libremente sus expresiones culturales o disfrutar plenamente y compartir sus prácticas y saberes con el resto de la sociedad.

Un posible punto de partida para un modelo latinoamericano de mediación cultural dentro del campo de las políticas culturales puede rastrearse en la conferencia conocida como *Americacult*, realizada en Bogotá en 1978, en cuyas conclusiones la Unesco recomendó a los países desplegar animadores socioculturales como vertebradores de sus políticas. En ese documento se definió esta tarea como

⁵ Cfr. Néstor García Canclini (ed.). *Políticas culturales en América Latina* (México: Grijalbo, 1987).

[...] el conjunto de prácticas sociales que tienen como finalidad estimular la iniciativa y la participación de las comunidades en el proceso de su propio desarrollo y en la dinámica global de la vida sociopolítica en que están integradas.

Tomando esta definición, es posible pensar a los animadores socio-culturales, y puntualmente a los promotores culturales, como una alternativa adecuada para la realidad de nuestros países⁶ y como base de lo que entendemos como mediadores culturales.

En palabras del antropólogo y escritor Adolfo Colombes,

[...] la promoción cultural no es una mera tecnología social, sino una teoría específica que se convierte en práctica en un contexto también específico: el popular. Ella no puede ser desligada de la idea de auto-gestión, de un movimiento cultural surgido del grupo para asumir el control y descolonización de su cultura. De lo que se trata, en definitiva, es de recuperar la integridad de una cultura fragmentada, devolverle su coherencia, explorar sus posibilidades, definirla como un modelo totalizador, oponible al modelo dominante. Más que una política, la promoción cultural es una acción de apoyo a las políticas que se fijan los sectores populares. En la elaboración de estas, el agente externo puede asesorar, pero no tomar decisiones por su cuenta, desde que no se le asigna en dicho proceso un rol protagónico.

Años más tarde, en el encuentro Mondiacult de 1982, en México, se declaró que la cultura es esencial para un verdadero desarrollo del individuo y se puso el acento en la importancia de las políticas culturales a la hora de proteger y promover el patrimonio, la identidad y la diversidad de los pueblos y minorías en cuanto fuente para un desarrollo en sentido profundo y humano. A fines de los noventa, la Unesco sostuvo en un informe que

6 Cfr. Alfredo Colombes. "Jugar en el bosque cuando el lobo no mira. ¿Militancia cultural o gestión profesional?". Ponencia presentada en el II Congreso de Cultura de Mar del Plata, 11 y 12 de septiembre (2008).

[...] la cultura no es, pues, un instrumento de progreso material: es el fin y el objetivo del desarrollo, entendido en el sentido de realización de la existencia humana en todas sus formas y en toda su plenitud.⁷

Aunque no pretendemos aquí hacer un análisis exhaustivo sobre la internacionalización de las políticas culturales, es posible observar que en este derrotero de discusiones en torno a la cultura y la orientación de las políticas públicas el eje se ha corrido de una mirada que entendía el arte como sinónimo de cultura hacia una nueva concepción que problematiza el campo cultural.⁸

Con el correr de los años las políticas culturales ligadas a la promoción de las artes dejaron de ser la única preocupación de los Estados, que incorporaron nuevas propuestas que contemplaban la mirada antropológica. La democracia cultural como modelo propuso políticas en las cuales la sociedad civil es un actor más en el desarrollo de esas políticas culturales, disputándole así al Estado su rol de único productor de la cultura legítima. En este sentido, su mayor exponente en la región fueron las políticas culturales de base comunitaria que se desplegaron durante los gobiernos de Luiz Inácio “Lula” da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, de la mano de los ministros de cultura Gilberto Gil y Juca Ferreira, que a su vez se replicaron en otros países de Latinoamérica.⁹

Es posible trazar una continuidad entre la propuesta de promoción sociocultural y las políticas culturales de base comunitaria ancladas en la creación de los llamados ‘puntos de cultura’. En términos de Colombres (2008), el promotor sociocultural «no es un agente externo sino interno, un militante del grupo al que pertenece y no alguien formado en otros contextos para actuar en

7 Cfr. Unesco. *Nuestra Diversidad Creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo* (París: Unesco, 1996).

8 Cfr. Rubens Bayardo García. “Políticas culturales: derroteros y perspectivas contemporáneas”. RIPS. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas* 7, n.º 1: 17-29 (2008).

9 Cfr. Juca Ferreira. *Reflexiones sobre las políticas culturales brasileñas en el siglo XXI: artículos y discursos de Juca Ferreira* (Caseros: RGC Libros, 2018).

cualquier parte». Del mismo modo, los puntos de cultura son espacios y organizaciones comunitarias no gubernamentales donde el rol del Estado es producir activaciones a través de políticas públicas. En términos de Gilberto Gil, se trata del *do-in* propio de la acupuntura, donde el territorio como un gran cuerpo es estimulado por la acción del Estado.¹⁰ En este punto, es preciso aclarar que, a diferencia del promotor sociocultural o de los referentes de un punto de cultura, el mediador no necesariamente pertenece al grupo en el que oficia como puente. Sin embargo, lo que comparte con estos modelos es que «no se propone llevar al opresor la cultura de los oprimidos, ponerla en sus manos como un paquete precioso que le permitirá limpiar su conciencia y enmascarar la continuidad de la situación».¹¹

Por último, en este derrotero de antecedentes históricos y marcos de discusión, nos interesa incorporar la noción de ‘derecho a la memoria’ como objetivo de la política cultural que propone la filósofa brasileña Marilena Chaui (2013), dado que supone una forma de repensar la función de las instituciones tradicionales del arte y la cultura en las que se realizan las acciones de mediación cultural desde nuestra región. La autora sostiene que la memoria histórica recoge las obras de arte y de pensamiento como instituyentes porque abren campos de creación y de pensamiento que no podrían existir sin ella. En su presente, la obra insta la posibilidad de futuro y en ese sentido la política cultural tiene que apuntar a construir una ciudadanía cultural plena que incluya el derecho a la memoria, lo cual implica «hacer pasar la historia y la política de preservación y construcción del pasado por el tamiz de su significación colectiva y plural». Por eso, sostiene, «la construcción de otro horizonte historiográfico se apoya en la posibilidad de recrear la memoria de los que perdieron no

10 Cfr. Celio Turino. *Punto de Cultura. El Brasil de abajo hacia arriba* (Medellín: Secretaría de Cultura y Ciudadanía, Alcaldía de Medellín, 2011).

11 Cfr. Alfredo Colombes. “Jugar en el bosque cuando el lobo no mira...”.

solo el poder, sino también la visibilidad de sus acciones, resistencias y proyectos». ¹²

La mirada histórica de las políticas culturales que hemos intentado esbozar nos permite situar algunos de los problemas para ampliar la manera de pensar la mediación. Para concluir estas aproximaciones es pertinente considerar que esta es una acción propia de la cultura. Si asumimos que existen diversas matrices culturales, siempre aparecen personas que, sea por necesidad, por coerción o por deseo propio, ejercen ese rol mediador y se ocupan de vincular distintas culturas. Un ejemplo de ello fue la Malinche, un verdadero símbolo de cruce y de choque, de colonización cultural, de disputa y de tendido de puentes. Esta mujer hablante de náhuatl que ofició de traductora entre colonizadores y colonizados fue considerada por muchos como una traidora a su cultura por entregarla al opresor; sin embargo, otros interpretan su accionar como una mediación que permitió la supervivencia. Más allá de la anécdota, lo que buscamos ejemplificar con este caso es que la mediación es inherente a la cultura en sociedades caracterizadas por la interculturalidad. Es por eso que cultura y mediación están absolutamente ligadas: no habría cultura sin mediación ni disputas entre modelos culturales. Lo que proponemos es un enfoque que permita reflexionar acerca de cómo se realiza esa mediación y con qué objetivos, entendiendo la cultura como terreno de disputa.

Aportes y desafíos para seguir pensando una mediación cultural en Latinoamérica

En los últimos años, a partir de la diplomatura en Mediación Cultural de la UNA, hemos intentado sistematizar algunos aspectos que consideramos característicos de un abordaje de la mediación cultural desde un enfoque latinoamericano.

¹² Cfr. Marilena Chauí. *Ciudadanía cultural: el derecho a la cultura* (Caseros: RGC Libros, 2013).

En primer lugar, como hemos buscado presentar, reflexionar sobre la mediación cultural desde Latinoamérica y practicarla implica poner en primer plano su dimensión política, en el sentido de asumir que el trabajo en cultura tiene que permitirnos siempre hacer más visible la centralidad que tienen los procesos de configuración simbólica y los objetos culturales en la estructuración del mundo tal cual lo vemos y vivimos y, en consecuencia, ayudarnos a salir de ideologías que sostienen esquemas de opresión.¹³ Se trata de situar el problema desde nuestro continente porque, justamente, lo que sucede con los bienes culturales de la élite y cómo democratizarlos no es el punto central de la mediación, ya que, en la base de nuestra historia, como pueblos latinoamericanos, está el de haber sido colonizados. Nuestra tarea como mediadores y mediadoras culturales supondrá entonces volcar nuestro accionar a visibilizar las relaciones de opresión que están ocultas en las diferentes matrices culturales que hemos naturalizado. Por lo tanto, una mediación cultural desde Latinoamérica deberá desplegar acciones que estén al servicio de la construcción de ciudadanía que parta de una concepción de la cultura como un derecho que no solo se garantiza fomentando la creación, distribución y acceso a productos culturales, sino también involucrando a la comunidad toda en la disputa en torno a la construcción de sentido. Si bien hay autores que sostienen que es posible mediar culturalmente sin tomar una posición, consideramos que la mediación cultural es siempre una acción política. En la práctica cultural, y desde una mirada que tiene que ver más con un activismo cultural y con un pensamiento situado desde el trabajo en el campo de la cultura, no es posible una mediación neutral, porque todo mediador o mediadora es parte de una matriz cultural y toda intervención genera efectos, es decir, tiene incidencias.

En un segundo lugar, un punto central es la identificación y valoración del rol del mediador o mediadora cultural. Esta activi-

¹³ Cfr. Víctor Vich. *Desculturizar la cultura. La gestión cultural como forma de acción política* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2014).

dad da cuenta de un saber que gana terreno en el ámbito del trabajo cultural y por eso reconocemos y proponemos reflexionar sobre los tipos y modos de ejercerla en espacios diversos, posibilitando, a su vez, sistematizar las prácticas que se vienen desarrollando en las instituciones culturales y en las comunidades desde un enfoque propio, y reconociendo sus saberes comunitarios y sus modos de hacer diversos, siempre desde una perspectiva centrada en los derechos humanos, en el derecho a la cultura y el derecho a la memoria.

Una tercera dimensión tiene que ver con el aporte de la mediación cultural dentro del campo de la producción de conocimientos. Es decir, además de enmarcar, organizar y sistematizar una práctica novedosa en el trabajo cultural, es necesario pensar las formas de articulación entre el ámbito de la producción cultural y artística y el de la producción de conocimientos que, aunque a veces se piensan de manera separada, no pueden escindirse. Considerar al mediador o mediadora como productores y portadores de conocimientos es atender a la potencialidad que tiene este rol. Se trata de poner a la mediación como una práctica que permite realizar análisis y reflexiones sobre realidades concretas, estudiando, por ejemplo, elementos afectivos, intangibles, subjetivos y sociales de la experiencia y los efectos y afectos de las prácticas culturales en diferentes ámbitos de acción, contextos o campos puntuales, como pueden ser instituciones tradicionales del arte y la cultura, o no tradicionales, como la comunidad misma y los diversos espacios del mundo de la educación, entre muchos otros.

Por último, un cuarto elemento que resulta central en este planteo es la cuestión territorial y el protagonismo de las comunidades. En este sentido toma relevancia un enfoque situado y el establecimiento de un horizonte donde las acciones desplegadas desde el trabajo cultural sean significativas para un contexto sociocultural determinado. Teniendo en cuenta que una concepción de cultura en sentido amplio incluye la actividad de la sociedad en su conjunto, este punto busca poner de relieve aquellos aspectos en los que lo cultural atraviesa la vida cotidiana. Es desde esta óptica que es posible

pensar una mediación cultural que esté más allá de las instituciones tradicionales del arte y la cultura, y que actúe e incida en las matrices de significación que configuran la vida de una comunidad, con el fin de evidenciar, disputar y deconstruir estructuras de dominación.

En conclusión, desde nuestra perspectiva, un enfoque latinoamericano para la mediación cultural implica pensar esta tarea en términos de democracia cultural. Lo que proponemos, por lo tanto, es una mediación cultural que no se limite a promover el acceso a los bienes culturales, sino que procure generar instancias de intercambio, habilitar ciertas disputas y problemas en torno a la configuración de sentidos y promover nuevos esquemas de interpretación, es decir, posibles salidas para esos problemas. La intervención de la persona mediadora dentro del campo cultural opera sobre fuerzas opuestas y disputas de poder, ya sea reforzando el modelo hegemónico, el *statu quo*, o bien poniéndolo en tensión y generando grietas o fisuras que permiten la emergencia de otros relatos. Como ya hemos dicho, la mediación cultural nunca es neutral. Por eso sostenemos que no se trata de eliminar conflictos sino de comprenderlos, facilitarlos e, incluso, producirlos para propiciar la transformación de las relaciones de poder. Allí donde el modelo hegemónico ha logrado instalar una cierta estabilidad, producir una desestabilización que promueva nuevas lecturas y acompañe la construcción de otras formas culturales y de otros modos de relación con lo simbólico para la construcción de una ciudadanía cultural plena.

Bibliografía

- Abouddrar, Bruno Nassim y François Mairesse. *La mediación cultural*. Buenos Aires: Libros UNA, 2018.
- Bayardo García, Rubens. “Políticas culturales: derroteros y perspectivas contemporáneas”. *RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas* 7, n.º 1: 17-29, 2008.

- Chauí, Marilena. *Ciudadanía cultural: el derecho a la cultura*. Caseros: RGC Libros, 2013.
- Colombres, Alfredo. “Jugar en el bosque cuando el lobo no mira. ¿Militancia cultural o gestión profesional?”. Ponencia presentada en el II Congreso de Cultura de Mar del Plata, 11 y 12 de septiembre, 2008.
- Eagleton, Terry. *Una idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Ferreira, Juca. *Reflexiones sobre las políticas culturales brasileñas en el siglo XXI: artículos y discursos de Juca Ferreira*. Caseros: RGC Libros, 2018.
- García Canclini, Néstor (ed.). *Políticas culturales en América Latina*. México: Grijalbo, 1987.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Signos*. Barcelona: Seix Barral, 1964.
- Peters, Tomás. “¿Qué es la mediación artística? Un estado del arte de un debate en curso”. *Córima, Revista de Investigación en Gestión Cultural*. Año 4, n.º 6, 2019.
- Turino, Celio. *Punto de Cultura. El Brasil de abajo hacia arriba*. Medellín: Secretaría de Cultura y Ciudadanía, Alcaldía de Medellín, 2011.
- Unesco. *Nuestra Diversidad Creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*. París: Ediciones Unesco, 1996.
- Vich, Víctor. *Desculturizar la cultura. La gestión cultural como forma de acción política*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2014.